

# M E M O R I A S

para la Historia de la Provincia de Castilla de  
N. P. San Agustín escritas por el P. Fr. Juan  
Quixano, hijo de la misma Provincia \*

SALAMANCA

*De la observancia y santidad de este monasterio.* Bien conocida es esta ciudad, no solamente en Castilla la Vieja, donde está sita, y de las más antiguas de ella, ni en toda España; pero en toda la Cristiandad hay harta noticia de ella por florentísima universidad, donde, fuera de los ill.mos Colegios, que apenas hay color en que se puedan diferenciar, hay conventos de todas las Religiones, y observantísimos todos ellos, y entre los muy mucho, sin exageración, ni como se dice alabar mis agujas, puede entrar el de N. P. S. Agustín. Era antes Iglesia parroquial con título de San Pedro; siempre ha sido famoso por los ejemplos de muy grandes Santos y siervos de Dios, y por los excelentes maestros y catedráticos que ha tenido y tiene; es la madre de la observancia; madre de Arzobis- 175<sup>v</sup> pos y Obispos muchos y de General de la Orden; madre de muchos maestros y doctores, luces del mundo y de la Iglesia; y de ella han salido el santo Fr. Juan de Sahagún, el santo Fr. Tomás de Villanueva, el venerable y santo varón Fr. Luis de Montoya, reformador de Portugal, el santo, que así fue llamado en vida y muerte, Fr. Alonso de Orozco, muchos y santísimos varones apostólicos, que con su ejemplo, doctrina y sangre, han plantado y extendido y sustentado nuestra santa fe católica romana en el nuevo mundo.

En este santísimo convento se ha ido siempre conservando el rigor de la observancia y perfección maravillosa de la Religión. Algunos años ha que estuve en él, y vi y conocí religiosos de grandísima perfección, de mucha oración mental, que casi toda la noche

---

\* Véase *Archivo Agustíniano*, LVII (1963). 5-52.

estaban en el coro, en continua contemplación, y era sabida cosa las luchas grandes que allí muchos religiosos tenían con el 176 demonio, arrastrándolos y queriendo ahogarlos, y con todo perseveraban en su oración. Religiosos había que no dormían (eso poco) sino en una tabla, traían los más ásperos cilicios, como se vio cuando se quemó aquel convento el año 1588, víspera de San Buenaventura, que fue de suerte que obligó a sacar el Santísimo Sacramento y el cuerpo del santo Sahagún; y fue fama le habían pegado fuego unos extranjeros herejes; fue a ver el incendio el rector D. Sancho de Avila, que después murió Obispo de Plasencia, y no entró en celda donde no topase cilicios, rallos, disciplinas, y muchos instrumentos de penitencia; predicando otro día dijo que había sido antes misericordia de nuestro Dios que castigo suyo, pues habiendo él visitado todas las celdas, y de religiosos bien mozos, había topado tales instrumentos de virtud; y que para que campease y se viese la virtud y santidad de aquel monasterio lo había N. Señor permitido. No había casi mañana que no fuese necesario ir los novicios 176<sup>v</sup> a lavar al coro de regalajes de sangre de las rigurosas disciplinas, que a deshora tomaban muchos; en común jamás se consentía traer lienzo; nadie estaba entonces excepto del coro; los dobles principales iban a Maitines de media noche hasta los Padres Maestros Catedráticos y Jubilados con tener setenta y más años, como el P. M. Fr. Juan de Guevara, que había sido también Provincial; dispensar en la hora de media noche a Maitines, si era una vez en el año, no eran dos; el oficio divino se canta con grave pausa y devoción muy grande, y de suerte que el Obispo de la ciudad, que era D. Jerónimo Manrique, que murió electo en Córdoba, estando yo allí, decía que no había tan canto de órgano, como la gravedad y pausa del canto llano del coro de San Agustín, y así, como tan religioso, iba algunas veces a Vísperas, dejando su Iglesia; y es tan antiguo esto en aquel santo convento, que el Chantre de la Iglesia, que fundó la capilla, 177 que se intitula así al salir de la sacristía, dice que funda la capilla y deja ciertos maravedíes de renta al convento de San Agustín, porque en ninguno otro de Salamanca se hacen mejor ni con tanta puntualidad los divinos oficios. En esta capilla se entierran los religiosos, donde se han descubierto muchos cuerpos santos de ellos enteros, sin que ni el tiempo ni la tierra hayan bastado a consumirlos, porque los preserva de corrupción aquel Señor, que tiene sus almas gloriosas en el cielo; y ha pocos años que, abriendo una sepultura de un religioso que dijeron

los más ancianos se llamaba Fr. Francisco de Valcázar, y fue primero colegial de los verdes, así se averiguó que al principio no se pudo saber, y le hallaron con su hábito entero, su cuerpo y carne tan colorada y fresca, como si estuviera vivo, y si le punzaban, salía sangre en abundancia; trasladáronle al claustro, en una pared de él, poniendo delante una losa, y en ella este caso.

En resolución, 177<sup>v</sup> las paredes, los sepulcros, las celdas, las sillas del coro, hasta la misma tierra de aquel convento, todo publica santidad, que si ellas pudieran hablar, dijeran cuán glorioso ha sido el Señor en los muchos siervos que en él han vivido y ahora moran. Y es esto de suerte que, cuando yo era estudiante, nos decía aquel ejemplar varón y de un tesón, valiente en virtud y seguir la comunidad, Fr. Domingo Serrano, que era tradición que el Dr. de la Parra, que fue uno de los más famosos médicos en tiempo de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V, era médico de este gravísimo convento, y, entrando en la portería, se quitaba el sombrero e iba muy arrimado a las paredes, porque, decía, sabía él por muy cierto que toda aquella casa estaba llena de santos religiosos, y la habían pisado pies santísimos, y que no era él digno de pisarla; y así iba siempre rezando y encomendándose a la intercesión de muchos que él alcanzó y conoció en el él. 178

*Venerable P. Fr. Francisco de Castro.* Entre los apostólicos varones que ha tenido este tan grave y santo convento en nuestros días, porque, como he dicho, yo no he tomado a cargo, sino de hacer memoria de los más notables que en este tiempo he yo vivido en la Religión de quien he tenido noticia, ora porque los he tratado, ora porque me he procurado informar de Padres graves y temerosos de Dios, y que me dirían toda verdad, entre todos ellos, uno ha sido el venerable P. Fr. Francisco de Castro, natural de Castrilpeones, lugar pequeño cerca de la Villa de Bribiesca. Tomó el hábito en nuestro convento de Medina. Fue un religioso señalado mucho en la penitencia: ayunaba todo el año los lunes, miércoles, viernes y sábados; los miércoles y viernes, a pan y agua; los demás días, comía sólo la escudilla de caldo y lo demás de pitanza daba a los pobres; su dormir era en el suelo; tomaba todos los días una 178<sup>v</sup> rigurosa disciplina hasta bañar, las más veces, el suelo en sangre; los miércoles y viernes de Cuaresma, tenía tasados y muy limitados los bocados que había de comer, y, finalmente, vino a no comer cosa los viernes. Traía un cilicio de rallo, que, aun después de muerto,

se le hallaron tan metido dentro de sus carnes, que había traspasado y horadado el pellejo, y de suerte estaba hondo, que encima de él se criaba carne. En esta penitencia perseveró casi toda su vida, y era cosa clara que una perseverancia tan grande no podía ser que de una perfección de vida grandiosa, con que guardaba su regla y las Constituciones de la Orden puntualísimamente. Era fraile pobrísimmo, nunca se le conoció cosa alguna ni adorno chico ni grande en la celda, que, como tenía su alma adornada de bienes del cielo, procuraba poco los caducos de este siglo, que en un religioso son tanto más estorbo, cuanto le convienen menos por el voto de po- 179 breza. A esto se llegaba el fundamento firme de la vida espiritual que era una profunda humildad, con la cual encubría las mercedes muchas que Dios N. S. le hacía con tan notable secreto que muy pocas se han sabido y algunas de que he tenido noticia ha sido por fección maciza, porque procuró vivir casi toda su vida desconocido, algún suceso extraordinario, permitiéndolo el Señor para mayor gloria suya. Por esto fue este bendito varón hombre de una per- y lo más de ella en conventos remotos y apartados en soledad, con que caminaba más seguro del viento de la vanidad, que suele dar con todo el edificio de la perfección en tierra.

Por esta causa vivió gran parte de la vida en el convento de Badaya, que está en unos montes, dos leguas de Vitoria. Y como nuestro Señor da ciento por uno, aun en esta vida al que deja por su amor todas las cosas, comenzó a remunerar 179<sup>v</sup> aquí a su siervo, que todo lo había dejado por su amor, comunicándole mucho de su amor, de lo que le prendían algunos éxtasis, que no pudo encubrir su humildad. Solíase salir a la huerta de aquel convento, que es muy grande y espaciosa, el rato que tenía desocupado de los ordinarios ejercicios de la comunidad y otros que él se procuraba, y lo que hacía era, porque iban algunos religiosos a escucharlo, era cantar himnos a nuestra común Madre y Señora la Virgen María; y esto no sólo en la huerta, pero siempre que se veía sólo y pensaba que nadie le oía, cantaba a esta Reina del Cielo himnos y alabanzas: tan fiel devoto era de la Virgen Señora nuestra. En este monasterio, de las grandes penitencias que hizo vino a caer enfermo, y estuvo muy al cabo. Un día le dió un éxtasis muy grande, y que duró mucho; pensaban que era parasismo y que se moría; y al cabo de unas horas volvió en 180 sí, hablando regaladísimamente con la Virgen santísima Señora nuestra. Pidió que le dejaran sólo y estuvo cuatro días sin abrir la puerta, ni comer bocado; oían los reli-

giosos que hablaba con regocijo y que parecía tenía personas con quien allí conversaba. Al cabo de los cuatro días, abrió la puerta, y le hallaron bueno y sano, y apretándole a que dijese cómo había sido aquello, confesó cómo la Soberana Virgen María Señora nuestra, con N.P.S. Agustín y Santa Catalina Mártir, le habían venido a visitar y estaban con él de ordinario aquellos días, y así le habían dejado sano. Y es bien de creer que con tal visita, no sólo quedó sano en el cuerpo, sino que su alma quedaría llena de mil consuelos y favores del cielo, y aumentos de gracia. Otra vez, estando sentado sobre un risco de una montañuela, que hay muchas en aquella santa casa y dentro de la huerta, se le apareció la Virgen bendita y mártir Santa Catalina, y 180<sup>v</sup> le hizo particulares favores, y mandó que la edificasen allí una ermita, porque en aquel lugar se había aparecido la imagen suya que está en el altar mayor del convento. El bendito Padre, favorecido del cielo, puso por obra luego lo que se le mandó, e hizo la ermita que está allí edificada. Otras muchas veces se le apareció esta gloriosísima Virgen y mártir, pero de éstas hay más noticia. Con estos favores se dilataba el corazón del siervo de Dios y así corría a más andar en el camino de la perfección, cual la esposa *curremus in odorem*, etc.; en dando a un alma el olor de las cosas del cielo, vuela por alegrar presto a él.

Vivió otro tiempo en otro convento retirado de todo ruido y poblado, que es el de Nuestra Señora del Pino, junto a Cuéllar, dos leguas; está este monasterio entre unos pinos. Aquí recibió mil favores de la mano de Nuestro Señor el venerable Padre, y ordinariamente le visitaba la Virgen nuestra Señora, de quien 181 era tiernísimamente su devoto; hacíale esta mi Señora grandes favores y mercedes, como tan propio de ella, pues es la misma dulzura, favorecer y regalar a los que son sus verdaderos devotos. De aquí se mudó al convento de Nuestra Señora del Paraíso, que es el de Chinchón, que entonces estaba bien desviado, a buen trecho de la Villa, adonde no hizo mudanza de su vida con la del lugar, sino que prosiguió en él con más veras a servir y amar a nuestro Dios en oración, penitencia, ayunos y los demás ejercicios; y así tenía más cuidado su divina Majestad de hacerle más singulares mercedes, que es propio de aquellas divinas entrañas llenas de misericordia, como dijo Zacarías, coronar con misericordias y miseraciones sus mismos dones y beneficios en nosotros. Y así, estando este bendito y venerable Padre en oración, delante de la imagen de Cristo S. N. Crucificado, le habló su divina Majestad desde la misma imagen con gran-

de 181<sup>v</sup> amor y caricia, y se le quedó tan estampada en el alma y cuerpo la pasión de este Señor, que la traía, como diremos luego, dibujada.

El último lugar de su morada y vivienda de esta penosa vida y destierro, fue en el convento de San Agustín N. P. de Salamanca; allí le vimos y tratamos muchos, que como es aquel convento el Atenas de letras y la madre de nuestra Religión y donde aprendimos, siempre, con el amor que se tiene a los maestros, no se nos olvida el ir, de cuando en cuando, a ver aquel santuario. Vimos en él un retrato de la penitencia, un dibujo de la santidad, un hombre estático; era ya viejo, y las grandes penitencias le tenían acabada su salud; su estancia ordinaria era el coro, allí estaba todo el día orando. En su celda no tenía más que una pobre cama; andaba, por su flaqueza, arrimado a una caña, y por esto, el nombrarle en Salamanca ordinariamente era el Santo de la caña. Sus pláticas eran muy pocas, porque no era amigo de hablar, sino de un grande silencio, no como algunos que piensan está la santidad en hablar mucho de Dios, y quizá lo hacen por hablar y dar un alivio a su naturaleza. Pero lo cierto es que lo más sano y santo es callar siempre que la necesidad y caridad no lo pide, pues, como dice el Espíritu Santo, que en el silencio y esperanza está toda nuestra fortaleza. En este santísimo y gravísimo convento se dio muy del todo a una continua oración y contemplación altísima; decía Misa todos los días, no estando ocupado con grave enfermedad; deteníase mucho en ella por los continuos éxtasis que tenía mientras celebraba. Un día, diciendo Misa en la capilla de San Nicolás de Tolentino N. P., le vieron muchos estudiantes levantado del suelo en el aire, más de media vara, y luego se publicó por la ciudad y universidad y allegando esto a su noticia, pedía licencia para ir a la Flecha, que es una granja que tiene el dicho convento el río de Tormes arriba o raíz de sus orillas, para con esta fuga ir a decir Misa a sus solas, donde nadie le viese ni estimase; aunque no salió con ello, porque aunque iba a decir Misa a una ermita, bien lejos de poblado, por más que él procuraba encubrirse, más la Majestad de Dios N. S. le descubría; y así voló luego la fama por todos aquellos lugares e iban a oír su Misa, y le llevaban sus enfermos, deciales los Evangelios, dábales el panecito de San Nicolás, y con esto quedaban sanos, atribuyendo él la salud a los Evangelios y panecito, como tan de veras humilde. Entre muchas maravillas y milagros que cuentan de él viviendo en Salamanca, uno fue convertir una cuba

de vinagre en muy acendrado vino, sólo con echarle su bendición (era esta cuba de unas devotas señoras mujeres, y mucho de nuestra Religión, beatas de ella, que se llamaban las grilleras). 183

Otro hombre estaba ya para expirar y morir, porque se le había asido una gran sanguijuela a la garganta, y con ser en Salamanca no se hallaba remedio humano para sacarla; pero llegando acaso allí el venerable y santo P. Fr. Francisco de Castro, metiéndole los dedos en la boca, y con gran facilidad la asió y sacó, quedando el afligido y desconsolado paciente libre de todo peligro, y muy consolado, y dando muchas gracias a Dios N. S. y a su siervo, y publicándole dondequiera que se hallaba.

La muerte de los justos, como dice David, es preciosa en el acatamiento y presencia de Dios; así lo fue la de este siervo de Dios, que pocos años después murió con una paz y sosiego de su alma, como quien en ella siempre la había tenido, y con una grande edificación de todos los religiosos de aquel gravísimo convento, los cuales veían con ojos de clara confianza, cómo iba a recibir el premio de sus trabajos y descanso 183<sup>v</sup> de sus grandes penitencias. Habían notado algunos religiosos que este bendito y venerable Padre, cuando alguna vez estaba con otros, en oyendo tratar de la Pasión de Cristo S. N., luego al punto se iba de la conversación; esto les había causado novedad y admiración; y deseando saber la causa y el secreto, allegó el prelado poco antes que el bendito Padre diese el alma a su Creador, y preguntándole la causa de esto, él se excusaba y con profunda humildad, diciendo y pidiéndole que, por amor de Dios, no le preguntase nada, porque él no sabía otra cosa de sí mismo sino que era un gran pecador, indigno de ponerse delante de las gentes, cuanto y más de Dios N. S. Entonces el prelado le apretó más, pues, le mandó en virtud de santa obediencia, que les declarase aquel secreto. Cuando el santo Padre se vio apretado de una obediencia, sintiólo en el alma pero obedeció, como humilde, y dijo: "Yo, Padre prior, me 184 ausentaba en oyendo hablar de la Pasión de mi Dios y mi Señor, porque eran tan grandes los dolores y tormentos que mi alma y cuerpo luego sentía y padecía, que no podía sufrirlos; y por esto era fuerza irme a donde no me viesen ni oyesen las gentes, por no dar indicios de semejantes mercedes. A la verdad, era cierto que, cual otro San Pablo, vivía crucificado con Cristo S. N. en la cruz, y tenía estampados en el alma sus tormentos, y no era menester más que acordárselos para que así, con sólo la memoria, comunicase esos mismos tormentos al

cuerpo, el cual (dígase para honra de Dios y de este su siervo) estaba señalado con señales y muestras de esta verdad. Porque, después que murió, hallaron que tenía todo el cuerpo sembrado de cardenales de la manera que nos pintan al cuerpo de Cristo S. N. azotado y atado a la columna, de quien en particular, entre todos los pasos de la Pasión de Cristo S. N., se 184<sup>v</sup> dice fue devotísimo. Y así parece que el mismo santo, ¡oh sabiduría eterna!, trazó que le enterrasen en el claustro, en una capilla donde está el retablo de Cristo S. N. atado a la columna para azotarle; y se notó, con curiosidad, que tenía el ven. Padre su cuerpo sembrado de los cardenales conforme a la traza de la figura del retablo. Y aun hallóse más: que, sobre las señales de los cardenales, tenía una como tela y pellejo delicadísimo transparente, por donde se colegía no eran los cardenales causados de disciplinas que él podía haber tomado, sino comunicados de aquel Señor, que tanto gusta andemos señalados con las señales que nos redimió. Y era de suerte esta tela, y digamos esta piel delicadísima transparente, que heroseaba y agradaba la deformidad que pudieran causar en el cuerpo tantos y tan diversos cardenales. Y para mayor seguridad y probabilidad, se llamaron a junta los más y mejores médicos 185 de Salamanca, y todos juzgaron ser esto obra milagrosa del Señor, que con tanta benignidad y largueza (si en nosotros halla disposición) se digna de comunicarse a sus criaturas, estampando en ellas las señales de su Pasión. Bendito sea tal Señor, que tales criaturas cría, y confusión nuestra y de los que traemos este hábito, pues no queda el recibir mercedes por El, sino por nosotros. No es menester advertir, ni decir la reverencia con que para morir recibió los santos Sacramentos, quien en vida fue tan devoto del Santísimo Sacramento del altar, y de la humildad con que se despidió del convento, pidiendo perdón de los malos ejemplos que había dado, y cuán inútil y sin provecho había sido a los religiosos, sino siempre pesado a todos, habiendo sido tan a lo contrario, como en esta breve suma se ha visto; pero la humildad nada halla en sí de bueno, todo lo tiene por imperfección cuanto hace. Háganos Dios N. S. tales. Amén. Amén. 185<sup>v</sup>

*P. Fr. José de Parada.* En la ciudad de Salamanca nació y se crió el P. Fr. José de Prada, hijo de padres muy honrados y de los más naturales y originarios de la misma ciudad, y muy limpios y cristianos viejos, y, como tal, Pedro de Parada, su padre, fue Ma-



yordomo del Colegio viejo de San Bartolomé. Bien mozo tomó el hábito en S. Agustín N. P. de la misma ciudad, donde profesó, y de allí fue a diferentes conventos, a unos a servir a la comunidad, como se hace siendo hermanos hasta que son sacerdotes, a otros a sus estudios de Artes y Teología; siempre y dondequiera dio muestras de su mucha virtud, con un encogimiento y retiro exterior con que se apartaba con extremo (sí en esto le hay) de todas las criaturas, y esto yo lo vi y experimenté, y así su alma debía ser un muy agradable jardín donde Dios N. S. plantaba sus flores de virtudes, y su divina Majestad se recreaba. 186

Lo primero, fue observantísimo de sus leyes, regla y Constitución; gran corista y amigo de ir con la comunidad a alabar al Señor de día y de noche, sin dispensar en esto un punto, en el cual estaba con extraña devoción, sin arrimarse a las sillas del coro, con ser de buena disposición, y los ojos por extremo bajos, jamás sacando las manos de debajo del escapulario, y la capilla siempre puesta, si no es cuando obliga el quitarla; y la misma compostura era y tenía andando por los dormitorios, y cuando pasaba por los claustros y estaba en el refectorio. Esmeróse por el provecho grande que granjea el alma en estarse en la celda, abstrayendo todo lo posible cuantas pláticas se le ofrecían, y como sabía lo que estimaba Dios N. S. al alma retirada, y que sus pláticas y conversaciones son con los retirados, de que hay hartos lugares y autoridades de esta verdad en la Sagrada Escritura, pro- 186<sup>v</sup> curó siempre esta soledad para estar más desocupado y libre a lo que Dios N. S. le quisiese hablar y mandar, y así jamás salía de la celda, ni le veía nadie fuera de ella, si no es que le obligase la caridad de acudir a algún enfermo u obra semejante. De aquesta suerte con soledad y silencio alentaba su esperanza y conservaba la fortaleza de su alma. Era verdaderamente con esto contemplativo y dado mucho a la oración, como quien estaba tan desocupado de cosas de fuera, y así fue ésta la más principal parte de su vida y que como tal la escogió, aunque no se olvidó, como veremos, de la vida de Marta. De el tener tanta y continua oración, le nacía el dar y comunicarle el Señor muchos regalos interiores (que como se verá, en estos apostólicos varones nuestros siempre han huído los exteriores), de donde nacía que cuando salía de ella, sacaba el rostro con una alegría tan modesta y con un nue- 187 vo resplandor, que al más triste que le tocaba consolaba, y al más relajado componía. Los hombres que tratan de regalos y galas, esos, dice Cristo S. N., habitan en las

cortes y palacio de los príncipes de este siglo, y, por el contrario, los que tratan en los monasterios y viven en ellos con la observancia y regularidad que piden sus leyes y estados, esos, dice el Señor, no tratan no, de esos regalos, sino de la aspereza y mortificación de vida penitente y áspera, que tanto este divino Maestro nos recomendó de palabra en su Evangelio y de obra en su misma persona.

Este venerable P. Fr. José toda vida fue un retrato y dechado de penitencia y de una vida asperísima. Su cama (como yo vi) era una tarima con unas mantas; su túnica gruesa de estameña; su comida poquísima, porque en muchos años no se le conoció que comiera sino de veinticuatro en veinticuatro horas, allá a la tarde, una escudilla de 187<sup>v</sup> garbanzos y un panecillo de los ordinarios (con ser, como he dicho, de cuerpo bien dispuesto y alto); sus disciplinas eran muchas y ásperas, porque aun las que tomaba con toda la comunidad los viernes, y con los hermanos lunes y miércoles, eran con unas cadenas que atemorizaban, y aun avergonzaban a los tibios y flojos. Con deseo de más penitencia y de guardar las Constituciones con más puntualidad, y que empezó la Recolección con grande aspereza y observancia, fue casi de los primeros que se pasaron a ella. Estuvo entre ellos algún tiempo, aunque no mucho, porque fue la penitencia que hizo tan excesiva, que dentro de muy pocos meses fue necesario volverse a Salamanca y al convento de S. Agustín N. P., donde los que allí estábamos, le vimos tullido, sin poderse mover ni menear. Pero bien se podrá hacer juicio y no ser temerario, que aunque el cuerpo vino tal, el alma vendría con muchas mejoras, y que el amor de Dios, y las demás virtu- 188 des habrían echado en ellas muy hondas raíces. Dos prendas y señales tenemos de esto bien manifiestas. La una el celo grande de la honra de Dios N. S., que es fuerza que el que lo ama se deshaga porque su santo nombre sea glorificado; y como la caridad es fuerte más que la muerte, así este siervo de Dios mostró esta fortaleza arriscándose a la muerte por esta causa.

Siendo prior el ven. Padre en nuestro convento de S. Agustín N. P. de Fontiveros, a quien sucedí yo en el mismo convento aunque por subprior, y así me enteré bien del caso porque se hizo información de él por el P. Fr. Hernando de Orozco, Vicario de las monjas nuestras de Madrigal, y estaba yo por mayor en ausencia del P. Prior Fr. José de Montalvo; tenía, pues, el dicho Padre en Fontiveros un súbdito de harto extravagantes costumbres; al fin, él era uno de aquellos de quien dijo San Juan, entre nosotros habi-

taban, pero no eran de nosotros; y así lo dio a entender su fin, pues murió echado de 1887 la Religión, y aún he oído decir, bien trabajosamente. Esta oveja, pues, tan perdida, procuraba el P. Prior reducir al rebaño, y atajarla los pasos, y que no saliese fuera del convento, ni acudiese a cierta parte, y era cosa y persona sagrada, y el tal fraile, aun eunuco, pero no de los que *se castraverunt propter regnum caelorum*, sino *injuria hominum*, para que se vea (digo esto) si Dios deja de su mano, ni hay lugar ni persona ni estado seguro. Ténganos su divina Majestad con su mano, pues no hay imperfección ni pecado que uno haga, a que no esté sujeto, por ser hombre, hacerle otro: *Homo sum, et nihil humanum a me alienum puto*. Procuraba el venerable P. Prior con todas veras que este tal no acudiese adonde el lobo infernal le estaba aguardando para tragársela como ciego (que es pecado que ciega más que otro el de la afición ruin); no conoció este súbdito el bien que le hacía su pastor en estorbarle las salidas, antes embraveciéndose cual 189 otro Judas, trató de quitarle la vida al que procuraba conservarle a él la de el alma, y así le echó veneno en la comida, con ánimo de quitarle la vida y matarle. Era la comida, como se ha dicho, sólo una escudilla de garbanzos guisados con aceite, el cual como es licor medicinal, y entonces acaso por permisión divina, se había echado acaso más, fue Dios N. S. servido que le valió, para que en comiéndolos no expirase, pero llegó a estar muy peligroso, alterándosele el pecho con mortales ansias. Acudieron luego al médico, sospechóse lo que era, aplicáronle al punto remedios, con que trocó lo poco que en su estómago había entrado. Vióse entonces en el pecho de este santo prelado pelear el amor de Dios y celo de su honra con la misma muerte, quedando la caridad con el glorioso triunfo de la victoria, pues de su parte no sólo no pidió se averiguase el caso y castigase, pero hizo notable repugnancia y puso todas sus fuerzas para que no se lle- 189 gase a este punto, aunque, como he dicho, después de haber él acabado el oficio, y entrando por nuevo provincial aquella columna firme de nuestra Religión y aun de la Iglesia, el santo P. M. Antolínez, le pareció. para escarmiento de otros, se averiguase la causa, y se castigase, como se hizo, echando de la Religión al tal súbdito.

Otra prenda de esta extremada caridad y amor de Dios y del prójimo, y que del uno nace el otro, dio este sirvo de Dios: al fin, él cumplió con lo que dice San Juan: *Plenitudo legis est dilectio*, la plenitud, la llenura de toda ley y perfección cristiana es el amor.

Pues de ésta dio muestras singularísimas este ven. P. Fr. José, porque tal caridad con el prójimo y en curas que hizo en ellos, era imposible si no naciera de un abrasado amor de Dios N. S. que le tuviera. Viviendo en nuestro religiosísimo convento de Burgos, cayó enfermo un religioso mancebo, recién profeso, y la enfermedad fue 190 unas llagas ulceradas que le salieron por el cuerpo, y de que últimamente vino a morir. Duró en la enfermedad, tan penosa y asquerosa, un año y más, y como era tan asquerosa, el curarle requería particular asistencia y cuidado; apenas había religioso que se quisiese ni aun atreviese a encargar de enfermedad tan larga. Sólo el P. Fr. José de Parada, encendido en caridad, tomó a pechos esta empresa, y para salir con ella, trató de ejercitarse y estudiar con curiosidad el arte de la cirugía, porque le obligó a ello ver que aun los mismos cirujanos no querían acudir, cansándose de ver que no aprovechaban sus remedios, sino que la enfermedad se iba alargando. Al fin el santo Padre cada día le curaba y limpiaba con grandísima caridad, consolando y animando al enfermo en tan gran trabajo, regalándole cuanto podía, sin asco de tanta podre y hediondez que del enfermo salía, y es de advertir que con acudir a este enfermo tan 190 en particular, y a los demás en común, jamás faltó a hora del coro y comunes observancias. Salió de aquí gran maestro de cirugía que, ejercitada con la caridad del santo Padre, se aventajó después a todos los cirujanos de su tiempo.

Volvió después a vivir al convento de Salamanca y ejercitábase en esta obra de caridad con grandísimo cuidado, sin perder ni un punto de seguir su comunidad, porque curaba sin interés temporal a cuantos pobres llagados y heridos venían a él, especialmente a los pobres, a quien curaba y acariciaba con toda humanidad y regalo posible; besábales las llagas, curábalas y limpiábaselas con grandísima devoción, y el Señor acudía a su deseo concediendo la salud por aquellos medios pretendida, y como otro San Jerónimo, de quien se dice que curó a un león sacándole una espina de la mano y el animal fiero reconociendo este beneficio se entró por mozo a servir: en él se cargaban unas angarillas 191 y cántaros y traía agua y leña. Así a este siervo de Dios le acaecía curar algunos perros heridos, y ellos, como agradecidos, iban muchas veces a ver al Padre y le hacían fiestas, y luego se volvían en curándolos. Sabida cosa es que estando un caballero mozo de los más ilustres de la ciudad, llamado D. Sancho de Fonseca, muy afligido de una llaga ya ulcerada y aun cancerada en cierta parte oculta de su cuerpo, y tratando

los médicos y cirujanos de hacer en él una cruel carnicería, sólo N. P. José estorbó que no se hiciese, y se prefirió con la ayuda del Señor darle sano; curóle algunos días y el modo fue extraordinario, porque le curaba lamiéndole la llaga con su lengua, cosa que pone horror sólo el pensarla, cuanto y más el ponerla en ejecución, siendo la llaga tan asquerosa y la parte donde estaba tal que pudiera espantar al ánimo más denodado, si no fuera el bendito Padre, tan encendido en Dios que 191<sup>v</sup> cuando es tal, las cosas más dificultosas hace fáciles; en fin, salió con su intento, y último día en que le pareció despedirse sin hablar palabra, sacó un papelito, púsole sobre la cabecera de la cama del que había estado tal y tan enfermo, abriéronle y hallaron estas palabras: *Soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum. Amen.* Dése a Dios sólo la gloria, por siglos de siglos, amén. Porque los siervos de Dios no quieren otra paga, sino la gloria sola de aquel Señor en cuya virtud obran tan grandes maravillas, y usan tan terribles y ásperas mortificaciones. Aquí bien puedo yo decir queda atrás la de la gloriosa Santa Catalina de Siena, de que viendo un poco de materia que habían sacado de la llaga de una enferma, hízole asco su naturaleza, y por vencerla y mortificarla la bebió; fue una vez, pero este bendito Padre no una sino muchas y en parte que el imaginarlo *abhorret natura*. Alabado sea Dios que tantos ejemplos y tan domésticos nos pone delante para amar y servirle.

A esta tan gran caridad y amor de Dios y del prójimo, no faltó el fundamento hondo de la humildad, porque fue varón muy humilde, quitado de ambiciones, cátedra de pestilencia y enfermedad, que aun de ordinario casi en todos. Pocos oficios tuvo en la Orden, porque los renunciaba con grandísimas veras. En los últimos años le obligaron a tomar el priorato de Toro, pero, con muchas veras y velos, pidió le concediesen misericordia de él, y así la Religión le dejó gozar de la quietud de su celda, y se volvió al convento de S. Agustín N. P. de Salamanca. Vivió pocos años después, porque tenía algunos, y el natural, con tan áspera vida, muy gastado. Dióle Dios una enfermedad que fue la última (y aunque entre paréntesis, que se me olvidaba, digo, que fue opinión constante que murió virgen); conoció la hora de su muerte y con tan entero juicio, que habiendo recibido todos los Sacramentos, dijo le dejasen 192<sup>v</sup> aquella noche, y al amanecer dio un golpe a un Padre que vivía pegado a su celda, que se levantase y tocase al alba, y se viniese luego a su celda; hízolo el religioso y díjole: "Llame al convento,

denme la Extremaunción, y encomiéndeme el alma." En haciendo esto, dió su bendita alma al Señor, que para tan bien suyo se la había dado.

También se dice de este venerable Padre usaba para mortificarse y que le tuviesen por ignorante, una ignorancia sabia a los ojos de Dios aunque ignorante a los del mundo, y era cuando le venía en el coro el decir alguna lección y se acaba, o en el refectorio el levantarse a tomar la lectura cuando el prelado hacía señal, en lugar de decir *Tu autem miserere nobis, decir plurimorum sanctorum*, etc., cosa que a gente moza, como hay en Salamanca y Burgos, les causaba risa; y a este modo otras fingidas ignorancias y mortificaciones, y el santo Padre se reía, y con esta risa decía su culpa al prelado.

Después de su muerte, se cuentan de este santo y venerable Padre algunas cosas milagrosas. Una que mientras vivió el dicho Padre su pitanza que, como he dicho jamás la comía, pidiendo al prelado licencia para darla a una mujer honrada, necesitada y vieja, con que la mujer se sustentaba. Como le faltó este arrimo y sustento de la vida, vióse afligida y desconsolada; acudió a la sepultura; pidió y suplicóle que pues en vida le había sido Padre, ahora que estaba en la presencia de Dios y le podía mejor socorrer lo hiciese. Pues certificó la buena mujer, y era de buen juicio que se la podía dar crédito, que sintió como que se bulló el santo Padre de la sepultura, y que le decía que hubiese confianza, que no le faltaría; y por el suceso se echó de ver ser el caso verdadero, que luego la deparó Dios N. S. quien la socorriese en sus necesidades. 193<sup>v</sup>

El Pr. Fr. Feliciano de Fosa, portugués de nación, aunque hijo de esta Provincia, hallóse a la muerte de este ven. Padre y, al amortajarle y ponerle el hábito, en lugar de ponerle la cinta propia del santo Padre, quitóla por guardarla por reliquia, como la ha tenido, fue a su tierra que se llama Trejo de Espada Encisa, donde halló un tío suyo muy peligroso y cercado de los dolores de muerte, según eran grandes los que de la ijada le apretaban; sacó la cinta de nuestro santo P. Fr. José, dijo al tío tuviese gran fe porque era de un santo fraile nuestros, que había poco le había Dios llevado; pues al punto, casi instantáneamente se le quitó el dolor y estuvo bueno y sano. Y lo mismo en otras enfermedades casi desahuciadas sucedió en otros deudos suyos de este Padre a quien se le puede dar crédito, como religioso honrado y virtuoso y de quien echó mano la Providencia para ser maestro de novicios en Salamanca, fuera de que

194 él anduvo cuerdo, porque hizo que los médicos de su

lugar diesen testimonio de la enfermedad y su peligro y de la salud instantánea que les había dado la cinta del ven. Padre, no habiendo aprovechando las medicinas que ellos le habían aplicado.

*P. Fr. Juan de Valcázar.* Mucho debe a N. Señor esta familia de N. P. S. Agustín en este nombre de Juan, ora porque nuestro gran Padre fue devotísimo de los dos Juanes, en particular el Bautista, ora porque como tenemos este título de ermitaños, y el glorioso San Juan Bautista fue el que primero de el Testamento Nuevo, que a él y no al Viejo pertenece su venida, dió principio a la vida eremítica, de que al cabo de algunos años nuestro gran Padre, por el amor y afición que tuvo de esta vida, dió título a sus queridos hijos de ermitaños, como hoy le tenemos, y así nos ha dado muchos santos e ilustres varones, seña- 194<sup>a</sup> lados con este nombre: un San Juan Bueno, un San Juan Reatino, un San Juan de San Guillermo, una Santa Juana Guillén, un San Juan de San Facundo y otros santos y venerables varones, que aun en estos pocos años de que yo en mi tiempo hago mención, se verá ser verdad lo que digo. Entre los demás se puede hacer honorífica memoria del venerable P. Fr. Juan de Valcázar, y que apenas se puede decir sino lo que del Bautista: *ortus in montana, praedicatio in deserto*, tan solitarios eran y tan bien cumplían con el título de ermitaños. Sábese que fue, y de los primeros colegiales de San Pelayo, llamados los verdes en Salamanca; tomó el hábito en nuestro convento de esta ciudad, que como se dice era él ya santo, y anduvo mirando y considerando dónde podría no sólo conservar el espíritu grande que Dios N. S. le había en aquel estado comunicado, sino aumentarle más para mayor honra de N. 195 Señor y provecho de su alma. (Y, aunque en paréntesis, reparo ahora los sujetos grandes y capaces de razón, y que podían hacer juicio como quienes le tenían por ser ya hombres cómo andando con estos deseos de agradar más a Dios, y vivir en perpetua observancia, obediencia y Religión, después de muy consultado con N. Señor, como se ha de entender forzosamente, cómo ya muy hombres les llamase Dios N. S. a esta santa Religión y a aquel convento de Salamanca al Santo Fr. Juan de Sahagún, del Colegio Mayor llamado el viejo; al Santo Fr. Tomás de Villanueva, del Colegio Mayor de Alcalá, y ahora a nuestro venerable Fr. Juan de Valcázar.)

Vivió aunque poco en la Religión, y así no salió de este convento, pero siempre con gran muestra de virtud; con ser hombre

era el primero en las más mínimas humildades de los novicios, en barrer, coger las basuras, ayudar a las Misas la semana que le cabía, y a es- 195<sup>v</sup> te paso en las demás; gran caridad cuando le enviaban a servir los enfermos; muy penitente y en todo muy compuesto y mortificado; y que se esmeró en guardar con gran puntualidad la Regla y Constituciones, que para ser santo y muy santo no es menester más. En su celda, si no es la cama áspera que ordenan nuestras leyes y una mesa muy pequeña donde tenía cuatro libros en que estudiaba y se encomendaba a N. Señor, un escabel, un candelero de barro, como se usa, y una cruz de madera blanca, no tenía otra cosa; de ella apenas salía, si no es al coro y las acciones de comunidad y cuando la obediencia le mandaba. En estos santos ejercicios le cogió una enfermedad, que para más purificarle y que él tuviese más en qué merecer, y Dios N. S. más en qué premiarle, le dio una llaga en el morcillo del brazo izquierdo cerca del hombro, y ésta con tantos dolores de par- 196 te de la herida como de la cura que hicieron en él los cirujanos, cual se puede mejor pensar que decir; duróle algunos días, fuele acabando la vida, y él siempre no sólo con mucha conformidad de la voluntad con el gusto de su Dios y Señor, pero con mucho gusto recibió los santos Sacramentos con extremada devoción, y pidiendo al convento, con gran sentimiento, perdón de lo mal que se había aprovechado de la merced que le habían hecho en admitir a un tan perdido hombre a su santa compañía, y de lo poco que les había servido, y de lo mucho que les había sido penoso y molesto en tan larga y enfadosa enfermedad. Dio su alma al Señor con gran paz y quietud, como si no fuera muerte, cosa tan terrible que, como dice el filósofo, es la más de cuantas se pueden imaginar. Al fin en este siervo de Dios se cumplió lo que dice el Espíritu Santo, si no por la edad, que ya era hombre cuando 196<sup>v</sup> tomó este hábito, a lo menos, por lo que estuvo en la Religión, que fue bien poco, *brevi vivens tempore explevit tempora multa*. Enterráronle en la capilla que se llamaba del claustro, donde los demás religiosos se enterraban, y donde hay muchos cuerpos de santos y de varones apostólicos.

Pasáronse algunos días, y aun años, no hubo memoria de él como de los demás, hasta que pocos años a el presente, fue necesario abrir su sepultura para darla a otro religioso que había muerto, y al descubrir sus huesos no hallaron sino un gran tesoro que fue su cuerpo entero, con su hábito. Al dar para sacarle y conocerle, el sepulturero dio otro golpe con un pico y topa con el lado donde



había estado la llaga o herida, y salió un gran golpe de sangre, tan fresca y líquida como si estuviera vivo; ya se ve la admiración que causaría a aquel tan grave y san- 197 to convento, aunque ya está acostumbrado a descubrir y ver cuerpos enteros de sus santos hermanos, pero el caso de la sangre les admiró; descubriéronle todo, pusieronle donde se pudiera ver y conocer, si acaso había algún Padre que tuviese noticia de él. Fue dios servido hubiese dos testigos dignos de toda fe, el uno el Ill.mo Arzobispo que fue de Santiago, el P. M. Fr. Agustín Antolínez, el otro el P. Fr. Domingo Serrano que fue allí muchos años Subprior; dijeron quién era y lo que aquí va brevemente referido. Limpiaron el cuerpo, pusieron lienzos limpios en la herida donde manó la sangre, colocáronle aparte, y ahora, me dicen, lo está en el tabernáculo que su Colegio de los verdes ha hecho en nuestro convento, enfrente del glorioso San Juan de Sahagún, el santo Fr. Tomás de Villanueva, donde está con 197<sup>v</sup> la decencia que es razón este cuerpo que fue vaso del Espíritu Santo. El interceda por nosotros. Amén.